

sentir y atravesar una nueva y larga tormenta de sangre, cuyas desesperadas sacudidas amenazaban conducirle nuevamente al culto de los dioses falsos.

EL GRAN CISMA

El Pontificado, vuelto y restablecido en Roma, tuvo que sentir la penosa prueba de lo que se conoce con el nombre del gran cisma. Éste nació de las intrigas políticas á las cuales dió ocasión el destierro de los Papas, y fué motivo de espantosos temores. Hubo dos y hasta tres Papas, cada uno de los cuales se creía con derecho, tenía sus partidarios numerosos y respetables, y todos los tres se excomulgaban recíprocamente. En el período de estos tres Papas se celebró un concilio, que fué convocado por uno de ellos, tan dudoso como los otros dos en cuanto al derecho. El concilio tomó un poder revolucionario, en medio de una situación inaudita, para hacer cosas que jamás se habían oído. De los tres Papas cuya elección no aparecía revestida de los requisitos canónicos necesarios, el concilio juzgó á uno, hizo abdicar á otro y depuso al tercero. Resultó de ahí que con existir tres Papas vivos, la Iglesia se quedaba sin Papa, y que en su lugar la daba una asamblea, que también era anticánónica, en la que chocaban intereses políticos los más opuestos y fermentaban ideas extremadas. Alrededor de esa asamblea, que tomó resoluciones tan atrevidas, había toda clase de presio-

nes y seducciones imaginables : en los instintos y tendencias populares se veía la herejía demagógica de Juan Huss; en las aspiraciones de los reyes, la herejía despótica de Marsilio de Padua, y en el concilio mismo, la tentación absorbente del poder, el ejemplo funesto de las miserias y debilidades de que, por lo regular, adolecen las grandezas humanas, y, por fin, el ejemplo todavía más peligroso de su fácil degradación y envilecimiento. Al mismo tiempo los enemigos del Pontificado veían llegada su ocasión propicia en que podían todos á la vez hacerle daño y desacreditarle, y sus mismos defensores le inspiraban también temores, en vista del sumo cuidado que ponían en estipular y poner condiciones que les fueran favorables.

Sin embargo de situación tan grave para los intereses de la Iglesia, el Pontificado sale vivo, entero y triunfante de ese caos. Durante el tiempo que los Papas estuvieron desterrados, se comprendió la necesidad de su independencia, y durante el cisma se vió que el Pontificado es el faro del mundo, y que, si ese faro llegase á extinguirse, el mundo entero caería en un abismo de tinieblas. Se preguntaba entonces qué es lo que sucedería en la tierra si no existiese el Papa. Aunque en menor escala, las naciones pasan algunas veces por situaciones angustiosas muy semejantes cuando pueden decir que tal día y á tal hora han de quedarse sin gobierno. El interés primero y más legítimo de todos y la necesidad más urgente y apremiante es la constitución de un poder; y eso que se hace en un país por uno de esos gol-

pes de fuerza que tienen lugar en casos supremos para salvar el orden público y el bien común, y á los cuales no rehusan nunca los pueblos su asentimiento, se hizo en Constanza por un milagro del espíritu de verdad que Dios envía algunas veces á los hombres para ayudarlos á convencerse á sí mismos, y que se halla en la Iglesia desde su fundación y estará con ella hasta el fin de los siglos. Era necesario un Papa, y ese era el interés principal para todo el mundo; pero desde el momento en que esa necesidad es real y verdadera, es preciso que el Papa que se desea sea tal como Dios le quiere y tal como instituyó el Pontificado, y, por consiguiente, que sea supremo pastor, pastor de los pastores, teniendo poder independiente para abrir ó cerrar con las llaves; que sea padre, jefe, legislador, juez de la humanidad, y, en una palabra, Vicario de Jesucristo. En este momento crítico y decisivo, y en medio de una lucha tan asombrosa de ambiciones, que hasta entonces no pudieron extinguirse, se vió una emulación y deseo admirables de renunciaciones y de dimisiones.

Gregorio XII, que fué elegido por el cónclave de Roma, nombró un representante suyo en el concilio, y al fin hace en él su abdicación. Juan XXII, que hasta entonces se había conducido de una manera lamentable, cuando tuvo noticia de que había sido depuesto, levanta su voz como Papa para confirmar solemnemente la sentencia dada contra él, y, para subsanar cualquier trámite ó vicio que hubiera podido haber en lo acor-

dado por el concilio, declara que espontáneamente renuncia por sí mismo á todos los derechos que pudiera tener al primado pontificio. El concilio, á su vez, aleja y prescinde de pretensiones que podían seducirle, y no quiere reservarse la elección de Papa, contentándose con agregar algunos de sus miembros, en concepto de representantes suyos, al cónclave que había de celebrarse, compuesto de los cardenales de las tres obediencias. Aun cuando cada nación deseaba que recayese la tiara en un prelado de la misma, sin embargo, imitando el ejemplo dado primeramente por Alemania, renunciaron todas á su ambición y á una pretensión que podía prolongar las dificultades. En condiciones tan favorables y con los ánimos tan bien dispuestos fué elegido Papa, por el concurso de nobles y laudables sacrificios, Martino V, y de esa manera el papado, en vez de sucumbir, fué restablecido en toda su plenitud, sin que después haya podido volver el cisma á perturbarle en su canónica sucesión.

Suele decirse que, sin embargo de eso, quedó el papado muy debilitado; y á eso puede contestarse que, si se trata de su autoridad espiritual, el Pontificado no se disminuyó, ni puede disminuirse bajo ese concepto. Así antes como después del concilio de Constanza, cada uno tiene libertad para obedecer ó desobedecer al soberano espiritual, y antes que Lutero se rebelase contra él, ya le habían precedido en ese camino cien heresiarcas. Lo que no fué jamás posible antes del concilio, y lo que tampoco lo será después, es el permanecer católico desobede-

ciendo al Papa. Si cuando se dice que quedó debilitado el Pontificado se hace referencia á su autoridad temporal, entonces podemos contestar que precisamente en el siglo XV, después del concilio de Constanza, fué cuando esa autoridad temporal quedó definitiva y sólidamente establecida en Roma. Si la debilidad del poder papal se pone en que después no da, como se dice, ni quita coronas, puede consultarse la historia, y ella muestra en qué sentido los romanos Pontífices influían acerca de ese punto en los poderes públicos. Lo que no nos dice la historia son los medios de que Dios se vale después para dar ó quitar los cetros, ni los instrumentos que emplea para ejecutar su suprema voluntad, que siempre tiene cumplimiento, y bien pudiera suceder que en sus altos designios tuviera decretado el plantear de nuevo los procedimientos antiguos.

Finalmente, siendo el poder espiritual del Papa exactamente el mismo antes que después del cisma occidental, como realmente lo es y no puede ménos de serlo, también es el mismo su poder temporal; y de ello hay y habrá muchas pruebas; y aunque semejante poder, por las calamidades de los tiempos y malicia de los hombres, no sea ostensible, sería injusto y poco lógico el deducir de ahí que no existiese ya. Como dice un santo Padre, Dios es siempre el vengador oportuno de su Iglesia; y todavía ninguno de nosotros, ni tampoco los enemigos del Pontificado, tenemos en nuestras manos ni conocemos la última página de la historia. En este mundo, donde todo pasa y donde

todo se reproduce, el poder que lleva diez y nueve siglos de combate conserva muchas probabilidades de rejuvenecerse y de volver á su apogeo y grandioso esplendor. Es frase ya muy gastada y muy tarde para repetirla el decir que la alta jurisdicción de los Papas en la Edad Media no fué más que una serie de sabias usurpaciones y de crímenes provechosos.

Es bien sabido cómo se formó el derecho público del mundo cristiano, cómo se ha ido desenvolviendo, cómo se ejerció, cómo se modificó y todo lo que le debe la sociedad humana. Existía entonces la convicción general, y cosa puesta fuera de toda duda, que era necesario un juez en la numerosa familia de las naciones católicas, un guardián superior de todos los derechos y de todas las leyes, y que dicho juez debía ser el Papa como representante de Dios en la tierra. ¡Oh! si el mundo antiguo hubiese podido conocer todo el bien que encierra semejante pensamiento; si los pueblos y los reyes, al separarse de él, quisieran observar que sus derechos recíprocos no están mejor garantidos y conservados, ni sus diferencias más pronta y equitativamente resueltas y arregladas después de tantos siglos, en que sólo la fuerza lo decide; y si, por fin, en una ó en otra forma invocasen y apelasen al antiguo juez como árbitro, puesto que existe todavía y existirá siempre, ¿qué podrían objetar contra semejante procedimiento los espíritus descontentos y turbulentos? Eso no llegará á suceder, dicen; pero esto es mucho afirmar, y lo que es cierto y puede asegurarse que, si las circuns-

tancias se agravan y los tiempos son cada día más peligrosos, y llega un momento en que el interés supremo de la humanidad y de la sociedad tiene necesidad de ese padre amantísimo para que, como juez árbitro, arregle lo que sus hijos entre ellos mismos no pueden remediar, Dios se le concederá, y el juez árbitro para los pueblos cristianos volverá.

Todo eso en cuanto al bien que el Pontificado puede hacer al mundo en el porvenir; y por lo que toca al tiempo pasado, la debilidad en que se dice falsamente que quedó su poder en el concilio de Constanza no le impidió poco después de ese concilio el abatir las pretensiones del concilio de Basilea y la herejía de Juan Huss; el resistir al soberbio oleaje de la pretendida reforma de Lutero, y el preparar, con ocasión de ella, la verdadera reforma llevada á cabo en el santo concilio de Trento; el sostenerse con valor durante la insidiosa y larga guerra que le ha hecho el absolutismo real y el sobrevivir, en fin, á las catástrofes y ruinas del siglo XVIII y á tantas monarquías que las habían provocado y fueron víctimas de ellas.

Desde el gran Papa Martín V (año 1447) hasta la Revolución francesa permanecieron los romanos Pontífices en su ciudad y en sus Estados, poseyendo éstos más pacíficamente que nunca, y esta es también, sin duda alguna, la época más feliz por la que ha atravesado Italia.

FELIPE EL HERMOSO.—LOS PAPAS EN AVIGNÓN.—EL CONCILIO

La Iglesia predica y siembra la paz en medio de contradicciones y de una guerra perpetua, y con laudable y generoso celo la procura para los hombres, aún haciendo el sacrificio de no gozarla ella. El divino Fundador la dijo: «Yo os dejo mi paz, no como el mundo os la da.» La paz de la Iglesia es propia de ella, y no es otra que un combate continuo; y los enemigos de esa paz son los errores é ignorancia que diariamente se reproducen, y las pasiones ciegas de la obstinada humanidad, las cuales cambian de nombre, de posición, de forma, y no tienen punto fijo y con ellas se encuentra á cada paso y por todas partes la Iglesia. Cuando esta tierna y cariñosa madre de los pueblos, con su paciencia, con sus luces y con sus virtudes, ha vencido el huracán de las invasiones, convertido á los bárbaros y extinguido el incendio general, que por largo tiempo había devastado enteramente fértiles é inmensos territorios, entonces se levantan contra ella nuevos peligros, tomando ocasión en las mismas victorias que ella había conseguido. Se calman las inquietudes y los delirios y principian las ingratitudes. Afligen é inculpan á la Iglesia aquellos mismos que ella ha salvado, educado, elevado, que la deben la vida, la civilización, la ciencia, la paz y el bienestar, y se quejan de encontrarse demasiado con ella en la civilización que ella misma ha creado, y que sin ella

no existiría. Ese es un espectáculo triste y desesperante de la historia; pero la Iglesia, sin embargo, no desespera, porque ella es de Jesucristo y de su misericordia; y pudiera decirse que precisamente la misericordia es la pasión obstinada de Jesús, porque murió para rescatar al mundo, perdona muriendo, y su perdón no concluye, ni muere, sino que, continuando dispensándole al mundo, instituyó su Iglesia santa é inmortal. Se sucederán los siglos unos á otros, y los hombres podrán siempre contemplar esa doble maravilla de los delirios é ingratitude del mundo por una parte, y por otra, las infinitas misericordias de Dios. Hay pasiones generales y las hay particulares, pasiones de una época y de un país, pasiones de sangre, de cabeza y de corazón; y hay, sobre todo, pasiones de orgullo, que son las de la civilización, y sabido es, y desgraciadamente bien notorio, que el orgullo es una pasión y una ignorancia más furiosa y más insoportable que la del salvaje que sale de los bosques. Bien pronto, después del reinado de San Luis, ya en un punto de Europa ó ya en otro, la Iglesia tuvo que luchar contra las exigencias de tan brutal pasión.

Hubo reyes bien funestos que crearon perversos partidos, divisiones odiosas, suscitaron guerras y amontonaron ruinas. El espíritu de Dios existía, y la Iglesia, inspirada y animada de él, respondía á la destrucción y á las ruinas con creaciones admirables y frecuentemente más bellas. La Iglesia no se cansa en su misión, y sin cesar insiste y vuelve á continuar sus planes para

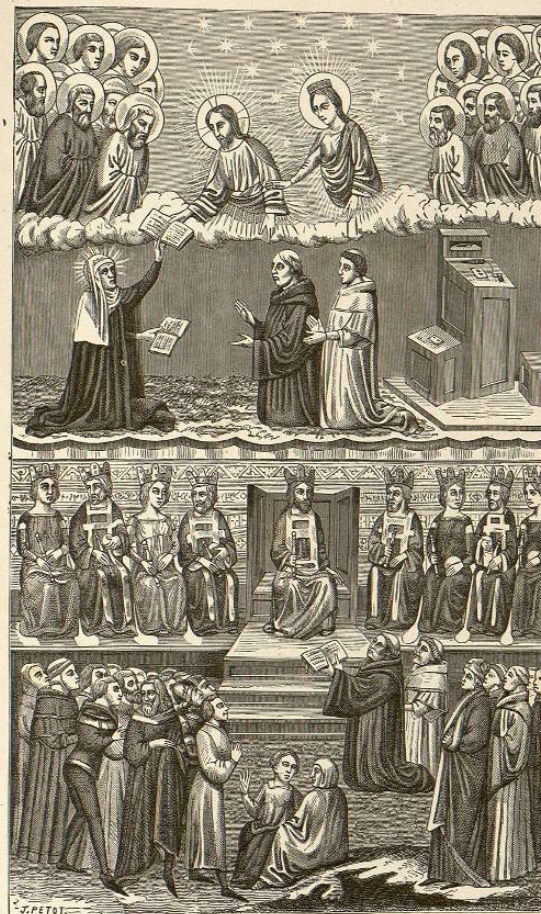


Lámina 136.—Santa Brígida, conforme á una miniatura de sus *Revelaciones*.—Manuscrito italiano del siglo XV, que se encuentra en la biblioteca de M. Ambrosio Firmin-Didot.—La miniatura se halla dividida en dos partes: en la primera, la santa, puesta de rodillas, recibe con una mano, directamente del mismo Jesucristo, acompañado de la Virgen y rodeado de bienaventurados, la relación de los sufrimientos de la pasión, y con la otra mano la da á sus confesores, el prior Pedro y el canónigo Matías, quienes la escribieron bajo su dictado; y en la segunda parte, los dos confesores presentan el libro de las *Revelaciones* al concilio de Basilea.

hacer el bien en la mayor escala posible. Hay algunos hombres que en cierto modo gozan del privilegio de no morir nunca, y que, pasando sobre la tierra como embajadores extraordinarios de Dios, realizan su obra y cumplen una misión que se prolonga mucho tiempo después de su vida. San Luis no estaba muerto en su sepulcro, y allí resucitaban el espíritu y pensamiento de Carlo-Magno. Los santos venían después de los santos, juntando las obras con las obras y poniendo nuevas piedras sobre las bases gigantescas del plan divino que las hacían más grandiosas y admirables. Así como Dios crió el mundo y después le sostiene por una creación constante, así también la Iglesia, creadora del mundo cristiano, á través de todos los desastres parciales, disputa victoriosamente á la muerte y la arranca todo lo que el pecado se propuso destruir; y en donde él creía haber abierto una brecha, ella prolonga su edificio y le adorna y rodea de una belleza asombrosa que pasmará á los siglos venideros.

Desde Clodoveo había sido Francia el apoyo principal de la Iglesia y el brazo más activo y poderoso á favor del Pontificado. Llegó un rey de Francia, que fué Felipe el Hermoso, cuyas pasiones, ambición y avaricia le hicieron enemigo personal del Pontificado, y por esa causa le sucedió lo que sucede á todo soberano contrario al Papa, convertirse en tirano y corruptor de su pueblo. Ese fué el carácter de Felipe el Hermoso, el cual, sin atreverse á dirigir ataques directos al dogma y á la fe, tomó los

medios más seguros y sagaces para lograr su ruina. El miedo, por una parte, y la ambición, por otra, le dieron muchos cómplices. Sus embajadores insultaron al Papa Bonifacio VIII, ya avanzado en una edad de sesenta y ocho años, le arrestaron y precipitaron su muerte, y, en virtud de un crimen tan perverso, se levantó en toda la tierra un grito tan justo de indignación, que los siglos transcurridos no han podido acallar todavía. El Dante ha repetido en sus poesías la maldición del Papa Benito XI, que fué el vengador legítimo de tan grave atentado, y Dios ejecutó la sentencia. La ciudad de Anagni, que fué donde se perpetró el crimen, fué castigada con una prolongada ruina; Felipe el Hermoso murió miserablemente de un accidente; su descendencia, que era numerosa, se extinguió en muy pocos años en medio de la disipación y del escándalo; su trono pasó á otra rama dinástica, y, finalmente, Roma, que había sido cómplice, ó, por lo ménos, estuvo muda ante tan sacrilego ultraje, fué despoblada y dejó de ser la residencia de los Papas por un largo período de setenta años.

Los Pontífices buscaron un refugio en Avignón, y desde allí gobernaron la Iglesia como en Roma, y allí recibieron los homenajes de la cristiandad, á pesar de las quejas y maquinaciones de los hombres perversos de este mundo. Santos muy ilustres é innumerables iluminaron la Iglesia en aquellos días tan borrascosos. Era el siglo del Dante y de Petrarca, grandes poetas, de los cuales el primero, fuera de algunos errores persona-

les, confirmó y propagó la teología católica. Dos santas, entre otras, dejaron en pos de sí ejemplos tan edificantes y resplandores tan vivos, que las han sobrevivido. Fué una de ellas Santa Brígida, princesa real de Suecia, la cual fundó en Roma un monasterio muy floreciente, á pesar de las miserias morales y materiales de aquella ciudad abandonada, y también escribió un libro de sus *Revelaciones*, mirado con gran respeto en la historia y tenido en honor por la Iglesia. La otra fué Santa Catalina de Sena, hija de un artesano, la cual tomó el hábito de Santo Domingo, y tuvo una vida llena de milagros. Sin conocer las humanas letras, pero llena de la ciencia de Dios, fundó escuelas y dejó escritas muchas cartas, que son contadas y tenidas como modelo de la lengua italiana. Su papel político fué todavía más importante, pues fué esa privilegiada virgen la que, en virtud de su influencia sobre los ánimos, puso término á la residencia de los Papas en Avignón y los condujo de nuevo á Roma. Santa Catalina de Sena es la Juana de Arco para el Pontificado y para la Italia.

Un siglo después, en medio de perturbaciones, de defecciones y de catástrofes espantosas en que la Francia estaba á punto de perecer, se apareció Juana de Arco, francesa, la cual, liberando á Francia, caída en poder de los ingleses, puso término á una infinidad de desgracias, cuyo origen se remontaba al reinado y al crimen de Felipe el Hermoso. Expresión sublime del espíritu de fe y de patriotismo que animaba á los últimos hijos

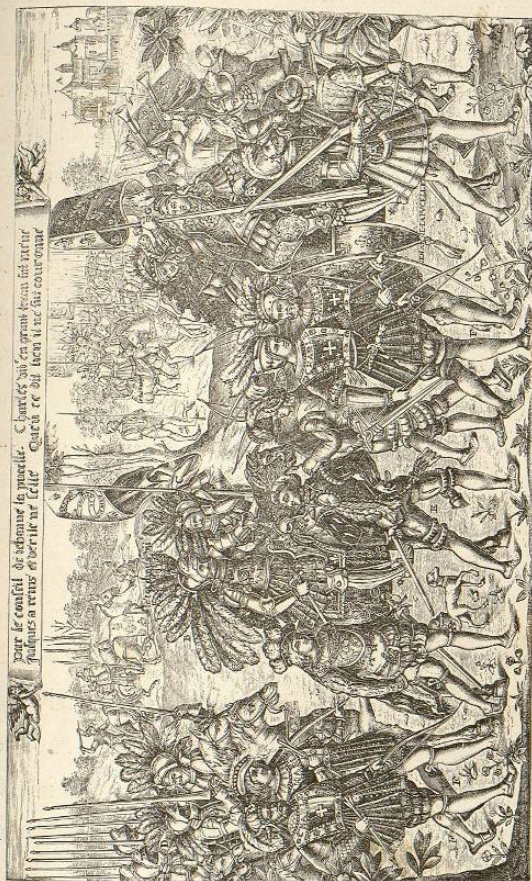


Lámina 137.—Entrada solemne de Carlos VII en la ciudad de Reims bajo la guía de Juana de Arco.—Grabado del año 1610, conforme á un tapiz hecho el siglo XV.—El cortejo se dirige hacia la ciudad, cuyas murallas se distinguen á lo lejos; detrás de las trompetas está Juana, á caballo, llevando la bandera de Francia y escoltada de paíes, de arqueros y de hombres de armas; después, entre sus guardas y sus camareros, está el rey Carlos VII, teniendo á su derecha al duque de Borbón, su hijo; el duque de Alençon sigue después con todo su ejército. En el fondo se ve, de un lado, el padre y la madre de Juana, que van á Reims por otro camino, y del otro, el duque de Lorena, que viene á unirse al cortejo con sus caballeros.

del pueblo cristiano. Vino Juana al fin de la Edad Media como para mostrar en una sola alma todo lo que puede abrigar de grande y de bello esa humilde multitud evangelizada por San

Francisco y Santo Domingo, y todavía casi despreciada. Se vieron en Juana todos los sentimientos enérgicos y generosos que constituyen y salvan la patria. Tomó las armas porque era católica, y el pueblo quedó más prendado y admirado de su fe que de su espíritu belicoso. Condenada por un tribunal incompetente, murió mártir de su patria; pero el Papa, órgano de la suprema justicia, revisó el proceso formado contra ella y le anuló por inicuo, rehabilitando de ese modo á la casta y encantadora heroína. Francia no pierde la esperanza de ver colocada sobre los altares á Juana de Arco, que vivió en una época cuyos trastornos tienen mucha relación con los que se experimentan en estos tiempos.

EL RENACIMIENTO

La segunda mitad del siglo XV fué señalada por acontecimientos tan considerables como extraños é imprevistos, é invenciones importantísimas para el porvenir excitaron poderosamente la curiosidad y el estudio de los espíritus. Tuvo lugar la invención de la imprenta, el descubrimiento del nuevo mundo, dió principio el vuelo de la astronomía, fué quitada Granada á los moros, y con la caída de éstos se puso fin á una lucha de ocho siglos y quedó libre España.

Estas maravillas y proezas eran debidas al espíritu de fe, y los héroes que las ejecutaban eran todos fervientes católicos y

no se sacrificaban sino con el fin de engrandecer el reino de Jesucristo. Cristóbal Colón quería abrir los mares, como Isabel la Católica, su protectora, había abierto y derribado las murallas de Granada, para abrir un camino á la cruz. El primer libro que se imprimió fué una Biblia; Nicolás de Cusa, Regiomontano, Copérnico, los primeros astrónomos, eran sacerdotes piadosos; el cardenal Cisneros, ministro de Fernando y de Isabel, tan grande y quizá más que los mismos monarcas, no ménos instruído en las ciencias que en la política, pertenecía á la orden de San Francisco. En la meditación de los claustros se había formado y conocido el arte difícil de gobernar á los hombres conforme á la voluntad de Dios, como se formaron también tantos otros estadistas de aquella época y de las anteriores, que fueron los directores, los maestros y los ilustrados obreros de la civilización contemporánea.

Pero había un peligro muy grande en medio de esa eflorescencia de conocimientos, de artes, de armas y de toda gloria humana. Mientras los gigantes de semejante movimiento permanecieron humildes, la multitud de los hombres de la clase media, colocada entre los sabios y el pueblo fiel, atribuyéndose la gloria de su época, se daba más incienso y más tono que el que podía soportar, y se embriagó de las ideas y de los nuevos descubrimientos que veía y aprendía. En tanto que España, Portugal, Francia, Italia y toda la Europa católica, brillando por diferentes glorias y títulos, se reorganizaba á sí misma, adquiriría un